

época haciendo recomposiciones en San Juan de Letran, y reedificaba el grande obelisco de los Faraones; sus correos le anunciaron que el duque de Guisa había entrado en París casi solo, y exclamó: ¡Oh imprudente! No tardó en saber que Enrique había dejado escapar su presa, y entonces dijo: ¡Oh pobre hombre! Enrique se detuvo en Chartres, donde recibió una diputación de penitentes. «A la cabeza aparecía un hombre de grande, sucia y mugrienta barba, cubierto con un cilicio, y por encima un tahalí del que pendía un sable corvo. Con una trompeta vieja y mohosa despedía de cuando en cuando sonidos ásperos y discordantes.

«...después de ellos venía el hermano Angel de Joyense.

«Representaba este al Salvador subiendo al Calvario. Se había dejado atar y pintar en su cara gotas de sangre, que al parecer corrían de su cabeza coronada de espinas, y parecía que no arrastraba sino con trabajo una cruz de cartón pintada, dejándose caer por intervalos, y dando gemidos lamentables.»

La historia de nuestra época viviente ha disminuido las proporciones de aquellos hechos de la historia muerta, tan famosos como en otro tiempo. ¿Qué es en efecto la jornada de las barricadas, qué es la de San Bartolomé misma en comparación de las grandes insurrecciones del 7 de octubre de 1789, del 10 de agosto de 1792, de la matanza del 2, del 3 y del 4 de setiembre del mismo año; del asesinato de Luis XVI, de su hermana y de su mujer; y en fin, de todo el reinado del terror? Y cuando yo me ocupaba de aquellas barricadas que echaron un rey de París, otras barricadas hacían desaparecer en algunas horas tres generaciones de reyes. La historia no espera al historiador; él traza una línea, ella abarca un mundo.

La jornada de las barricadas no produjo nada, porque no fue el movimiento del pueblo buscando su libertad; la independencia política no era todavía una necesidad común. El duque de Guisa no ensayó una subversión por el bien de muchos; solamente codiciaba una corona. Despreciaba los parisienses, aunque los acariciaba, y no se atrevía a fiarse de ellos. Tampoco se movía en el círculo de ideas nuevas, que su familia esparcía folletos que le hacían descender de Lothar, duque de Lorena, y de los cuales resultaba que la raza de los Capetos no tenía otro derecho que la usurpación, y que los Lorrains eran los legítimos herederos del trono, como últimos vástagos de la línea carolingia. Esta fábula llegaba un poco tarde. Los Guisas representaban lo pasado. Luchaban en un interés personal contra los hugonotes revolucionarios de la época que representaban el porvenir, porque no se hace ninguna revolución con lo pasado.

Los pueblos por su parte no miraban al duque de Guisa más que como el jefe de una santa liga, para librarlos de los decretos bursátiles de los favoritos y de los reformados; no extendían la vista más allá. El duque de Guisa les parecía de una naturaleza superior á la suya, un hombre hecho para ser su señor en lugar de su tirano. Si la Sorbona, si los curas, si los frailes predicaban la desobediencia á Enrique III y á los príncipes de la tiranía, consiste en que la Iglesia Romana no había admitido nunca el poder absoluto de los reyes. Había sostenido siempre que se les podía deponer en ciertos casos y por ciertas prevenciones: así todo se hacía sin una de estas convicciones de doctrina política, sin esta fe á la independencia que todo lo trastorna; había materia de revolución, no había materia de transformación, porque nada había bastante consolidado, nada bastante destruido. El instinto de libertad no se había aun cambiado

en razón; los elementos de un orden social fermentaban todavía en las tinieblas del caos; la creación comenzaba, pero la luz no estaba hecha.

La misma insuficiencia podía notarse por parte de los hombres. No eran bastante completos ni en defectos, ni en cualidades, ni en vicios, ni en virtudes, para producir un cambio radical en el Estado. En la jornada de las barricadas, tanto Enrique de Valois como Enrique de Guisa, fueron inferiores á su verdadera posición; el uno se manifestó falto de corazón y el otro de crímen. La partida fue remitida á la decisión de los estados de Blois.

Profundamente disimulado como los espíritus de poco alcance, el Acuchillado se valía con el papa, con el rey de España, con el duque de Lorena y con el cardenal de Borbon, de un lenguaje diferente apropiado á cada uno. Ocultaba bien sus designios; y cuando todo estaba á punto de ponerse en acción, contemporizaba y no se podía resolver á dar el último paso. Mas orgullo que audacia, mas presunción que genio, mas desprecio para el rey que ardor para el reino; hé aquí lo que aparecía en la conducta del duque de Guisa. Intrigaba á caballo como Catalina en su lecho. Libertino sin amor, como la mayor parte de los hombres de su tiempo, no sacaba del trato con las mujeres más que un cuerpo debilitado y pasiones mezquinas. El tenía toda una religión y toda una nación detrás de sí, y los puñales dieron fin á una tragedia que debió concluir por batallas, por la caída de un trono y por el cambio de una raza.

La jornada de las barricadas, tan infructuosa, le granjeó, sin embargo, grande honor en su partido. «Pero, ¿qué milagros hemos visto hace diez y ocho meses con la ayuda de Dios? ¿Quién es el que puede hablar de la jornada de las barricadas sin grande admiración, viendo á un gran pueblo que jamás había salido de las puertas de su ciudad para llevar las armas, que tenía á la entrada de sus tiendas los escuadrones reales, todo armado, dirigirse por todas las grandes plazas de la ciudad, hacer barricadas con tanta diligencia, que todos los escuadrones sin grande efusión de sangre, fueron rechazados hasta el Louvre?» (Oración fúnebre del duque y cardenal de Guisa).

Catalina que, sin respetar la ley sálica, quería que recayese la corona en su hija casada con el duque de Lorena, aceleró en Rouen (11 de julio de 1588) el edicto de la unión. Este edicto restablecía la paz acordando inmensas ventajas á la liga, amontonando honores y cargos en el duque de Guisa, y excluyendo á todo príncipe no católico de la corona: el rey lo firmó llorando. En aquella misma época Felipe II de España perdía su invencible armada, así como Enrique III de Francia perdía su honor. Pero los sucesos hicieron ver que por parte de Enrique, entraba en aquel abandono de toda dignidad menos cobardía que venganza. Los estados debían reunirse en Blois durante el mes de octubre para sancionar el edicto de la cesión. Guisa y Enrique meditaban, cada uno en su interior, terminar allí su contienda.

El rey al principio se puso en actitud de obrar, despidiendo á sus ministros Bellière, Cheverny, Villeroi, Pinart y Brulart; nombró en su lugar á Montholon, Ruzé y Revol. Se hizo poco aprecio de este cambio que no dejaba en el consejo ningún hombre capaz por su posición ó su experiencia de oponerse á los designios de su señor. La reina madre llegó enferma al castillo de Blois, con su hijo. Los estados se abrieron el 16 de octubre (1588). «Una vez dentro los diputados y la puerta cerrada, el duque de Guisa sentado en su silla, vestido con traje de raso blanco, la capa terciada, taladrando con sus ojos todo el espesor de la asamblea para reconocer y distinguir sus servidores, y con el solo impetu de su mirada fortificarlos en la esperanza de adelanto en

sus designios, de su fortuna y de su grandeza, y decirles sin hablar, YO OS VEO, se levantó y después de haber hecho una reverencia, seguido de doscientos caballeros y capitanes de guardias, fué á buscar al rey, que entró lleno de magestad, llevando su grande órden al cuello.» (MATTH. EU.).

La arenga del rey, pronunciada con grande elocuencia y magestad, no fue nada agradable á los de la Liga; el duque de Guisa mudó el color y perdió la serenidad, y todavía más el cardenal que instigó al clero á ir en queja ante su magestad. El rey se vió obligado á hacer mudanzas en su discurso antes de darle al público. Cuando le corregía sobrevino una tormenta tan negra, que fue preciso recurrir á la luz artificial; sobre lo cual «se dijo que Enrique acababa de hacer su testamento y el de la Francia, y que esta se había alumbrado de antorchas fúnebres para ver al rey dar el último suspiro.»

Los diputados de las tres Ordenes eran casi todos del partido de Guisa. Enrique en las cartas que dirigió á los soberanos extranjeros para justificarse del asesinato de dos hermanos, aseguraba: «que en la asamblea de los tres estados no se habían economizado los medios para evitar que muchos falseasen en las provincias las elecciones, con objeto de quitar toda autoridad y obediencia á su magestad, y hacerle odioso á sus súbditos.»

Hé aquí cual era el plan de Guisa: ofrecer al rey su dimisión de lugar-teniente general del reino; pedir retirarse á fin de obtener de los estados la espada de cond-stable; entonces, dueño de todas las fuerzas del reino, deponer á Valois y encerrarle en un convento. El cardenal de Guisa juraba que no moriría antes de haber puesto y tenido entre sus piernas la cabeza de aquel tirano para hacerle la corona con la punta de un puñal. Este era un propósito de familia. Madama de Montpensier, llevaba, suspendidas á su lado, unas tijeras de oro para hacer, decía, la corona monacal á Enrique, cuando fuese confinado á un claustro. Esta mujer no perdonó nunca á Enrique III favores ofrecidos y desdenados, ó algunas palabras escapadas á este monarca sobre volubildades secretas. Estos pequeños detalles serían poco dignos de la gravedad de los fastos de la especie humana, si en Francia la historia del amor propio no estuviese tantas veces enlazada con la de los crímenes (1).

Todas las baterías estaban dirigidas para romper el cetro en las manos de Enrique de Navarra, heredero legítimo, pero protestante. El duque de Guisa hacía poco caso del Bearnés; por un recuerdo de la juventud y de la humilde condición en que le había visto. «La víspera de Todos Santos (1572), dice Estoile, el rey de Navarra jugó con el duque de Guisa á la pelota, y se hacía tan poco caso de aquel pequeño reyezuelo prisionero que se le acosaba con palabras y puñales, como se hubiera hecho con un simple page ó lacayo de corte, lo cual ofendía en cierta manera á muchos hombres honrados que los veían jugar.»

Resta saber si los estados habrían adjudicado la corona al duque de Guisa. La reina madre la quería hacer pasar á la rama vieja de Lorena; el viejo cardenal de Borbon reivindicaba pretendidos derechos, y Felipe II mezclaba sus intrigas, y sus armas á todas aquellas pretensiones, y á todas aquellas discordias.

De cualquiera manera que sea, Enrique III, acosado, se preparó para la venganza, que conducía con

(1) Las burlas de Enrique III podían también tener por objeto alguna imperfección visible. Cuando madama de Montpensier supo el asesinato de este príncipe, dijo, «¡Y bien! ¿qué os parece? ¿mi cabeza no está bien ahora? Me dicen que no bambolea como bamboleaba antes.» ¿No se podrá deducir de las palabras de madama de Montpensier que hacía alusión á alguna burla de Enrique III?

tan profundo disimulo, y al parecer ageno de un alma tan enervada y envilecida.

Comenzó por habituar al cardenal de Guisa á venir frecuentemente al palacio, bajo el pretexto de hablarle del mariscal de Matignon. El rey adulaba doblemente las pasiones del cardenal, dirigiéndose á él para modificar los estados, y dejándole la esperanza de obtener la plaza que ambicionaba.

Enrique fingió después un acrecentamiento de fervor. Hizo construir sobre su cámara celdas pequeñas, á fin de hospedar en ellas algunos capuchinos, resuelto como estaba, decía, á dejar el mundo y entregarse á la soledad. En un tiempo en que se trataba de su vida y de su corona, parecía á la vista casi privado de movimientos y sentidos. Escribía con su propia mano una memoria, para enviar frontales de altar y otros ornamentos de iglesia á los Capuchinos. El duque de Guisa fue de tal modo engañado con aquellas señales de una imbecil debilidad, que no quería creer en ningún proyecto del rey. Es demasiado poltron, decía á la princesa de Lorena; no se atreverá, decía á la reina madre, que parecía advertirle, aconsejándole tal vez su muerte.

Enrique arregló de antemano todo lo que había de hacer la semana de Natividad, semana que había fijado para la catastrofe, anunciando para el viernes una peregrinación á Nuestra Señora de Clerly. Los mas celosos servidores de este príncipe, viéndole dedicarse á estos cuidados, desesperaban de su seguridad. De la misma manera que el duque de Guisa recibía continuas manifestaciones de los designios del rey, Enrique no cesaba de ser advertido de las maquinaciones del duque de Guisa: el duque de Espenon le remitía los detalles en sus cartas, y lo que había de mas extraño, el duque de Mayenne y el duque de Aumale entraban en el número de los denunciadores: el uno despachó á Blois un gentil-hombre, y el segundo á su esposa para instruir al rey de todo. No se puede dudar de este hecho, puesto que Enrique III lo refiere en su declaración pública del mes de febrero de 1589, contra el duque de Mayenne. Afirma que este duque le había dicho que, si no venía él mismo á revelar el crimen proyectado de su hermano, era porque estando en Lyon temía no podía llegar bastante presto; este hecho está también confirmado por el duque de Nevers en su Tratado de la toma de las armas. Y sin embargo, á pesar de la declaración de Enrique III, la liga, á falta de otros mas á propósito, puso á Mayenne á la cabeza. Este mismo Mayenne había rehusado entrar en maquinaciones contra la vida del rey, particularmente en la que había de ser ejecutada el día de los funerales de la reina de Escocia, y una vez había querido batirse contra su hermano el duque de Guisa.

En cuanto á la duquesa de Aumale estaba empeñada desde el nacimiento de la liga, en advertir al rey de todo lo que se tramaba contra él. Desgraciadamente Villequier, que hacía traición á Enrique III había sorprendido muchas veces sus conferencias. Esta mujer el 10 de noviembre de 1588, escribió á la reina madre; Catalina envió á buscar á su hijo, á quien mandó ir á ver á Miron, su médico, para tomar sus órdenes. «Decid al rey, que le ruego baje á mi gabinete, porque tengo que decirle cosas que importan á su vida, á su honor, y á su Estado.» El rey bajó acompañado de uno de sus familiares y de Miron: Catalina y su hijo se retiraron al alfeizar de una ventana. Cuando el rey salió, los dos testigos que estaban aparte en el otro extremo del gabinete oyeron pronunciar á la reina madre estas palabras. «Monseñor mi hijo, es preciso despachar, es demasiado esperar; dad buenas órdenes para que no seáis engañado como lo fuisteis en las barricadas de París.» Otros han creído que Catalina ignoró el proyecto de Enrique, y que se hubiera opuesto á él por

el sistema de contrapeso que empleaba para conservar su autoridad en medio de las facciones; pero es preciso preferir á esta version el testimonio de un testigo auricular (Miron).

Se notó que el duque, que habia tenido conocimiento de la conferencia, se paseó mas de dos horas á paso agitado dando señales de impaciencia, en medio de los *pages* y de los *lacayos* en el terrado de la torre del castillo, llamado *Pertiga de Breton*.

Este castillo estaba unido á la ciudad por un camino practicado en la roca, y era un vasto edificio donde estaba impresa la mano de varios siglos, desde las obras feudales de los Châtillon y la torre del castillo Renaud, hasta las obras medio griegas y medio góticas de Luis XII, de Francisco I y de sus sucesores; allí fue donde tuvo lugar una de las catástrofes mas trágicas de la historia.

Tres días antes, el Acuchillado habia invitado á cenar al cardenal su hermano, arzobispo de Lyon, al presidente de Neuilly, Chapelle-Marteau, prevoste de los comerciantes de París y á Mendreville, todos de su faccion. El duque, por uno de aquellos presentimientos vagos que advierten el peligro, tenia alguna intencion de hacer un viaje á Orleans; dijo á sus convidados, que se le advertia de una empresa del rey acerca de su persona, y les pedia consejo.

El arzobispo de Lyon habló con energía contra todo proyecto de retirada: era en su concepto malograda una ocasion que no se volveria á encontrar jamás, despues de haber tenido la suerte de convocar los estados y de ver reunidos tantos miembros de la Santa Union. Sostuvo que el duque de Guisa disponia del tercer estado, del clero y de mas de la tercera parte de los miembros de la nobleza. El presidente de Neuille estaba todo alarmado. Chapelle-Marteau decia que no habia nada que temer; pero Mendreville declaró, jurando, que el arzobispo de Lyon hablaba del rey como de un príncipe sensato y bien aconsejado, pero que este en realidad era un loco y que obraria como tal; que no tenia ni discernimiento ni prevision; que si habia concebido algun proyecto, lo ejecutaria bien ó mal. Asi que era preciso presentarse fuertes ante él ó de otra manera no habria ninguna seguridad.

El duque de Guisa comprendió que Mendreville tenia mas razon que los demás; pero añadió: «Mis negocios han llegado á tal término que aun viendo entrar la muerte por la ventana, no trataré de salir por la puerta para huir de ella.»

El rey por su parte habia reunido su consejo, compuesto de los señores Rieux, Alfonso Ornano y los secretarios de Estado. «Hace tiempo, les dijo, que estoy bajo la tutela de los señores de Guisa. He tenido mil motivos para desconfiar de ellos, pero no los he tenido tan grandes como desde la apertura de los estados. Estoy resuelto á tomar razon de tales motivos, pero no para proceder por la via ordinaria de justicia; porque Mr. de Guisa tiene tanto poder en aquel lugar que si yo hiciera que le formasen proceso, él mismo le formaria á los jueces. Estoy resuelto á hacerlo matar en mi misma cámara; ya es tiempo de que yo sea solo el rey: el que tiene comando tiene señor.» (PASQUIER).

Habiendo cesado de hablar el rey, uno ó dos miembros del consejo propusieron la prision legal y el proceso en forma; todos los demás fueron de opinion contraria, sosteniendo que en materia de crimen de lesa magestad el castigo debia preceder al juicio.

El rey confirmó esta opinion: «Poner al de Guisa en prision, dijo, equivaldria á poner en las redes á un jabali que fuese mas poderoso que nuestras cuerdas.» (L'Estoile).

Se deliberó sobre el dia en que se habia de dar el golpe, y el rey declaró que haria matar al duque de

Guisa en la cena que el arzobispo de Lyon le debia dar el domingo antes de Santo Tomás. Despues fue demorado el dia de la ejecucion hasta el miércoles siguiente, dia mismo de Santo Tomás, y en fin se señaló el dia 23 antevispa de Natividad.

El 22 el duque de Guisa, se ponía á la mesa para comer, y encontró bajo su servilleta un billete concebido en estos términos: «*Estad prevenido; se trata de jugaros una mala partida.*» Escribió por debajo con lapiz: *ninguno se atreverá*, y tiró el billete bajo la mesa. El mismo dia, el duque de Elbeuf le dijo que al dia siguiente se atentaria contra su vida. «*Veo bien, primo mio*, respondió el Acuchillado que *habeis mirado vuestro almanaque, porque todos los de este año están llenos de tales amenazas.*» (L'Estoile).

El rey habia anunciado que iria el dia 23 al Canal, casa de campo á la extremidad de una alameda en la margen del bosque de Blois, á fin de pasar la víspera de Natividad en oraciones. Confiado por el proyecto de este pretendido viaje, el cardenal de Guisa, instó á su hermano á partir para Orleans, diciendo que era bastante fuerte, el cardenal, para arrebatarse á Enrique y conducirlo á París. Una vez puesto en manos de los parisienses, los estados le habrian de puesto como incapaz de reinar, y despues le confinarían á un castillo con una pension de doscientos mil escudos; el duque de Guisa habia de ser proclamado rey en su lugar: este era el último plan, porque los planes variaban. Catalina misma habia pensado en privar á su hijo de la corona, pero dándole en su retiro mujeres en lugar de oro, como cadenas mas seguras; ella hubiera entonces peido el trono para el duque de Lorena, su nieto por parte de su hija. Dos grandes conspiradores trataban pues de adelantarse para arrancarse mutuamente el poder y la vida; sus maquinaciones respectivas eran conocidas de uno y otro; el mas disimulado ganó al mas vano.

El 22, el rey, despues de la cena, se retiró á su cámara á eso de las siete, y ordenó á Liancourt, primer escudero, que hiciese avanzar una carroza á la puerta de la galería de los Ciervos, el dia siguiente por la mañana, 23 de diciembre á las cuatro, fingiendo siempre insistir en el proyecto de ir al Canal. Al mismo tiempo envió al señor de Marte á invitar al cardenal de Guisa para que fuese al palacio á las seis, porque deseaba hablarle antes de partir. El mariscal de Aumont, los señores de Rambouillet, de Maintenon, de O, el coronel Alfonso Ornano, y algunos otros señores y personas del consejo, y los cuarenta y cinco caballeros ordinarios recibieron orden de hallarse á la misma hora en la cámara del rey.

A las nueve de la noche el rey mandó á Larchant, capitán de los guardias de corps, colocarse á las siete de la mañana del dia siguiente con algunos individuos en el paso del duque de Guisa, cuando viniese al consejo.

Larchant y los suyos habian de presentar á este príncipe una peticion que tendia á que se les pagaran sus sueldos. Tan pronto como el duque estuviese dentro de la cámara del consejo que formaba la antecámara de la cámara del rey, Larchant se apoderaria de la escalera y de la puerta, y no dejaria entrar, salir, ni pasar á nadie. Otros veinte guardias serian colocados por él (Larchant) en la escalera del gabinete viejo, por donde se bajaba á la galería de los Ciervos.

Estando todo dispuesto de esta suerte, Enrique entró en su gabinete con Termes; era Roger de Saint-Lary de Bellegarde, tan conocido despues. A media noche Valois le dijo: «Hijo mio, id á acostaros, y decid á Duhalde que no deje de despertarme á las cuatro, y tú te encontrarás aquí á la misma hora. El rey tomó su palmatoria, y se fué á dormir con la reina.» (Miron.)

El duque de Guisa velaba entonces cerca de Car-

lota de Beaumé, nieta de Semblancai, casada primero con el señor de Sauvé, y en segundas nupcias con Francisco de la Tremouille, marqués de Noirmoufiers. Tan bella como veleidosa pasaba, segun cierta libre expresion de aquella época, á acostarse de un partido al otro. Ligada en otro tiempo con el duque de Alençon y el rey de Navarra, los secretos que sorprendia á su placer, los revelaba á Catalina de Medicis y al duque de Guisa. Esta vez se propuso esclarecer los peligros que este corria, y le aconsejó huir; pero creyo menos en estos consejos que en sus caricias, y permaneció hasta las cuatro de la mañana que volvió á su casa, donde se encontró con cinco billetes que todos le advertian tomase precauciones contra el rey. El duque puso sus billetes bajo la almohada. El joven page, su cirujano, y otros muchos parciales que le rodeaban, le suplicaron tuviese en cuenta el aviso. «Esto no concluirá jamás, respondió: durmamos, y vosotros id á acostaros.» (Miron).

El 23 á las cuatro de la mañana Duhalde vino á llamar á la puerta de la cámara de la reina; la señora de Piolant, primera dama de cámara, acudió al golpe: «¿Qué es eso?» dijo. Es Duhalde; respondió este; decid al rey que son las cuatro.—«Duermes y la reina tambien,» replicó la de Piolant.—«Despertadle, dijo Duhalde, ó llamaré tan fuerte, que los despertaré á los dos.»

El rey no dormia; sus inquietudes eran demasiado vivas. Habiendo sabido la venida de Duhalde, pidió sus botines, su ropa de cámara y su palmatoria; se levantó, y dejando á la reina conmovida, pasó á su gabinete, donde ya le esperaban Termes y Duhalde. Tomó las llaves de las celdas destinadas á los capuchinos; subió alumbrado por Termes, que llevaba la palmatoria delante de él; abrió una celda y encerró en ella á Duhalde espantado; volvió á bajar, y á medida que los cuarenta y cinco caballeros de su guardia se presentaron, los condujo á las celdas, en las cuales los encerró uno á uno como á Duhalde. Los personajes convocados al consejo comenzaron á llegar al gabinete del rey, adonde penetraban al través de un pasadizo estrecho y oblicuo que Enrique habia practicado expresamente en un rincon de su cámara de dormir, la cual precedia á este gabinete. La puerta ordinaria de la cámara estaba tapiada. Cuando los ministros y los señores hubieron entrado, el rey fué á poner en libertad á sus prisioneros, los llevó en silencio á su cámara, les mandó no hacer ruido alguno á causa de la reina madre que estaba enferma y alojada debajo.

Tomadas estas precauciones, el rey volvió al consejo, y repitió á los asistentes lo que ya les habia dicho sobre la necesidad en que se encontraba de prevenir las maquinaciones del duque de Guisa. El mariscal de Aumont dudaba, por qué el rey habia prometido y jurado el 4 de diciembre, sobre el santo sacrificio del altar, perfecta reconciliacion y amistad con el duque de Guisa: «Primo mio, le habia dicho, ¿creéis que yo tenga el alma tan malvada que os quiera mal? Todo lo contrario, declaro que no he y ninguno en mi reino á quien ame mas que á vos, y á quien este mas obligado, como yo lo haré constar con buenos efectos, de aquí á poco tiempo....» Aquel ateo de Enrique de Valois consumió su traicion, sellándola con el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.» (Vida y muerte de Enrique de Valois).

Se calmaron los escrúpulos del mariscal de Aumont, esforzándose en probarle que el duque de Guisa habia sido el primero á faltar á su palabra.

El rey pasó del gabinete del consejo á la cámara donde estaban reunidos los caballeros, y les habló de esta manera.

«No hay ninguno de vosotros que no esté obligado á reconocer cuánto y cuán grande es el honor que he recibido de mí, habiéndome elegido entre

«toda la nobleza de mi reino para confiar la mia á vuestro valor, vigilancia y fidelidad. Habeis sido mis favorecidos, ahora yo quiero ser el vuestro en una ocasion urgente, donde se trata de mi honra, de mi Estado y de mi vida. Sabeis todos los insultos que he recibido del duque de Guisa; los que he sufrido, hasta dudar de mi poder y mi valor, pensando con mi duizura detener el curso de aquella violenta y furiosa ambicion. Está resuelto á hacer el último esfuerzo sobre mi persona, para disponer despues de mi corona y de mi vida, por lo cual me veo reducido á tal extremo, que es preciso que yo muera ó que él muera, y que esto suceda esta mañana. ¿No queréis servirme ó vengarme?» Todos á la vez gritaron que estaban dispuestos á matar al rebelde, y Sariae, caballero gascon, golpeando con su mano el pecho del rey, le dijo: *¡Por Dios que yo os lo he de dar muerto!*

Enrique le rogó que moderase el testimonio de su celo, por temor de despertar á la reina madre. Veremos, dijo despues, ¿quiénes de vosotros teneis puñales? Los tenian ocho: el puñal de Sariae era de Escocia. Estos ocho caballeros, provistos del arma de los asesinos, fueron particularmente elegidos para permanecer en la cámara y dar los primeros golpes. El rey les unió otro guardia llamado Loignac, que no tenia mas que espada. Otros doce de los cuarenta y cinco, fueron colocados en el viejo gabinete en donde el rey debia llamar al duque; recibieron la orden de matarle ó de acabar de matarle á estocadas cuando levantase la mampara de terciopelo para entrar en el gabinete. El resto de los guardias tomaron su puesto en la subida que comunicaba desde el gabinete hasta la galería de los Ciervos. Nambu, ugiere de cámara, no debia dejar entrar ni salir á ninguno sin el mandato expreso del rey. El mariscal Aumont se sentó en el consejo para asegurarse del cardenal de Guisa y del arzobispo de Lyon, despues de la muerte del duque.

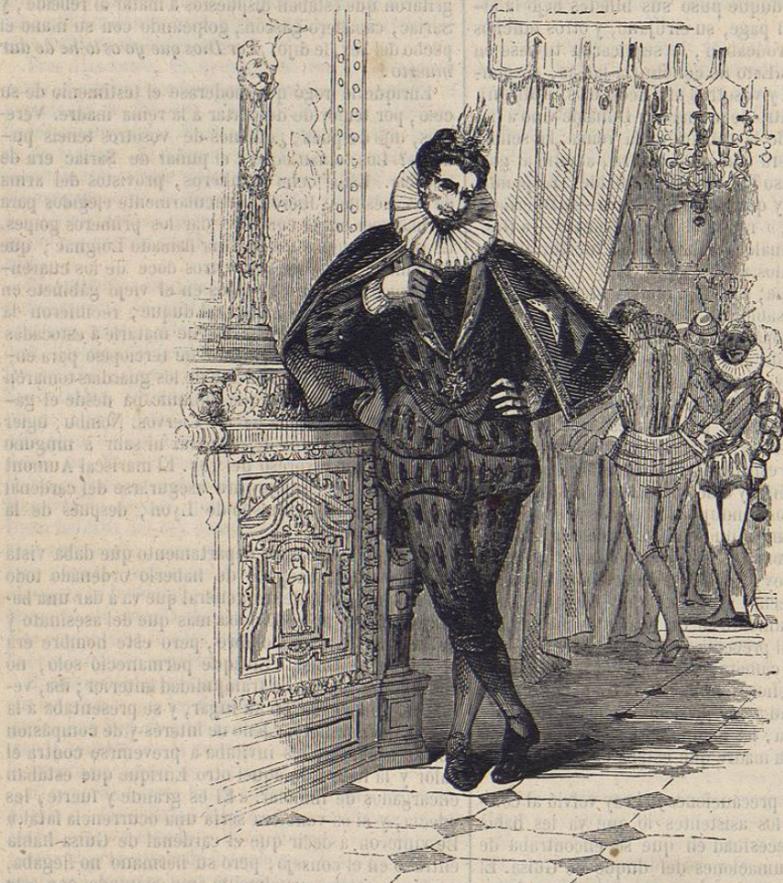
El rey se retiró á un departamento que daba vista á los jardines, despues de haberlo ordenado todo con la sangre fria de un general que va á dar una batalla decisiva; no se trataba mas que del asesinato y de la muerte de un hombre, pero este hombre era el duque de Guisa. Enrique permaneció solo, no conservaba ya aquella tranquilidad anterior; iba, venia, no podia estar en su lugar, y se presentaba á la puerta del gabinete. Lleno de interés y de compasion por los asesinos, les invitaba á prevenirse contra el valor y la fuerza de aquel otro Enrique que estaban encargados de inmolar. «El es grande y fuerte, les decia, y si os venciera seria una ocurrencia fatal.» Le vino en á decir que el cardenal de Guisa habia entrado en el consejo; pero su hermano no llegaba, y el rey estaba cruelmente impacientado con este retraso.

El duque dormia; buscaba en el sueño la reparacion de sus fuerzas agotadas en las voluptuosidades de aquella misma noche que vió preparar su muerte; iba á entrar en otra noche mas larga donde tendria tiempo de reposar, próximo como estaba á caer desde los brazos de una mujer entre las manos de Dios. Sus sirvientes de cámara no le despertaron hasta las ocho, diciéndole que el rey estaba ya para partir. Se levantó de prisa, vistió un jubon de raso pardo, y salió para ir al consejo.

Al llegar al terrado del castillo, se le acercó un caballero de Auvergne llamado La Salle, que le suplicó no pasara adelante: «Mi buen amigo, le respondió, ya hace mucho tiempo que estoy curado de aprensiones.» Cuatro ó cinco pasos mas adelante encontró un picardo llamado Aubencourt, que intentaba detenerle; el duque le trató de bobo. Aquella mañana misma habia recibido nueve billetes que le anunciaban su suerte, y habia dicho, metiendo el úl-

timo en el bolsillo: «Hé aquí el noveno.» Al pié de la escalera del palacio, el capitán Larchant le presentó, como ya estaba convenido con el rey, una petición, á fin de obtener la paga de los guardias: eran aquellos mismos guardias preparados á asesinar á aquel de quien imploraban bondad, y que se aprovechaban del carácter generoso del duque para quitarle las sospechas que hubiera podido concebir á la vista de los soldados.

Llegado á la cámara del consejo, pareció, sin embargo, asombrado de la presencia del mariscal Aumont; porque no se debía tratar mas que de asuntos de hacienda. Se sentó y dijo un momento despues:



ENRIQUE III.

sentó al duque algunas frutas secas que habia pedido en el momento de su desfallecimiento.

Habiendo sabido Enrique la llegada del duque de Guisa, envió á Revól para invitarle á que pasase al gabinete viejo para hablarle. El ugiere de la cámara rehusó, segun su consigna, el paso á Revól; este volvió donde estaba su señor con semblante azorado: «¡Dios mio! ¿qué tienes, dijo el rey; qué hay? ¿por qué estás pálido? Temo que lo echas á perder todo.» Explicada la causa de la vuelta de Revól, Enrique abrió la puerta del gabinete y mandó á Nambre dejar pasar á Revól.

Marillac, maestre de peticiones, hacia relacion de un negocio sobre impuestos, cuando Revól apareció en la sala del consejo. «Monseñor, dijo al duque de Guisa, el rey os espera en su gabinete viejo.» Se le-

«Estoy frio, el corazon me hace mal; que se ponga fuego.» Algunas gotas de sangre le cayeron de la nariz y algunas lágrimas de los ojos, debilidad que se atribuyó á desarreglo mas bien que á presentimiento. Estando junto al fuego, dejó caer su pañuelo, y puso encima un pié en actitud descuidada. Fontenai ó Montefontaine, tesorero de economías, le levantó; lo cual dió ocasion al duque de Guisa para suplicar á Fontenai fuese á buscar á Pericart, su secretario, encargándole que viniese prontamente. «Era como han creído muchos, segun dice Pasquier, á fin de advertir á sus amigos del peligro donde creia hallarse.» Saint-Prix, primer sirviente de la cámara del rey, pre-

vantó el duque de Guisa, guardó algunas frutas secas en su caja de guarda-conlites, y esparció el resto sobre el tapete diciendo: «¿Quién los quiere?» Echó sobre sus espaldas la capa, que volteó tan pronto de un lado como de otro, aparentando buen humor; la terció bajo su brazo izquierdo, se puso los guantes, sosteniendo con la mano del brazo que levantaba la capa la caja con las frutas, y dijo á los miembros del consejo «Adios, señores:» y en el instante se llegó á las puertas de la cámara del rey. Nambre las alzó, salió incontinenti, y cerró la puerta detrás del duque.

Guisa saludó los guardias que estaban en la cámara; los guardias se levantaron é inclinaron, acompañándole con muestras de respeto. Uno de ellos le tocó en un pié; zera el último aviso de un amigo?

Guisa atravesó la cámara. Cuando entraba en el

corredor estrecho y oblicuo que conducia á la puerta del gabinete viejo, cogió su barba con la mano derecha, y casi se volvió para mirar á los caballeros que le seguian. Montlery, el mayor, que estaba cerca de la chimenea, creyó que el duque queria retroceder para ponerse á la defensiva, se adelantó, le cogió por el brazo y sepultando el puñal en su seno exclamó: «¡Muere, traidor!»

Effranats se arrojó á sus piernas á fin de sujetarlo, Sainte-Malines le dió otra puñalada que le atravesó desde la garganta hasta el pecho; Loinac le clavó la espada en los riñones.

El duque á todos estos golpes, decia: ¡amigos míos! ¡amigos míos! Herido del estoque de Sariae en la espalda, gritó en alta voz: «¡Misericordia!» «Y á pesar de que tenia la espada enredada en su capa y las pier-



HAMBRE DE PARIS.

nas sujetas, no dejó sin embargo de arrastrarlos ¡tal era su valor! de un extremo á otro de la cámara.» Caminaba con los brazos extendidos, los ojos apagados, la boca abierta, como muerto. Uno de los asesinos no hizo mas que tocarle, y cayó en el lecho del rey; jamás lecho tan deshonorado vió morir tanta glo-

ria. El cardenal de Guisa, sentado en el consejo con el arzobispo de Lyon, oyó la voz de su hermano que clamaba misericordia de Dios: «¡Ah! ¡mi hermano es muerto! exclamó.» Retiró su silla para levantarse; pero el mariscal de Aumont le dijo con la mano en la espada: «¡No os moveréis, juro á vrios, monseñor! E